

La llave no entra. Pruebo la cerradura con su pequeña plaquita plateada, demasiado minúscula para este edificio tan grande. No se mueve. Me quedo allí, estupefacto, delante de los tablones de madera encajados y barnizados: la entrada de servicio, la puerta lateral. El acceso a la Grange, mi casa.

El arco desfasado y simpático, la Z de refuerzo que arma su estructura, la conozco bien, esa puerta. Podría describir todos los detalles de su fabricación, así como todos los objetos, los rincones de la cocina a la que conduce, la forma de los armarios, los dos fregaderos bajo la ventana, el cuarto de baño, un poema de Musset atribuido a George Sand en letras góticas sobre papel amarillo colocado detrás de un cristal y colgado cerca del lavabo, las tuberías cuello de cisne por encima de la bañera, los toscos escalones de hormigón liso que llevan a las salas más grandes, las cortinas rojas, el lienzo de Jouy, el viejo *cosy-corner* alrededor del sofá, el tronco de castaño como mesa baja, la inmensa chimenea y su hastial oblicuo, ese desvío del tiro para evitar la lluvia, el pavimento cubierto de pizarras pulidas, las logias simétricas por encima del salón –una pieza única y sin tabiques–, donde cuelga una extraña lámpara de araña. Era un granero, conserva todos sus elementos: los pesebres desgastados por el cuello de las vacas, las dos puertas ciegas de los establos, los gruesos muros.

Puedo describir la pátina de las piezas de madera, la gran mesa carcomida, el salitre en la entrada, la horda de botas y bastones almacenados, el tocador inútil, los pequeños desniveles, el crujido de la escalera de molinero para acceder a las habitaciones, la luz en las tejas por la mañana, traída por los reflejos del lago –esa danza rosa–, el calentador de toallas de cobre, una curiosidad. Puedo describir los puntos frágiles de la barandilla, sus barrotes regulares e inestables, el faisán disecado, venerado, parece, las lámparas de petróleo transformadas en lámparas sin petróleo, el descenso de la cruz en yeso desconchado, la colección de peltre en el dintel tallado de la chimenea, un cucharón de agua convertido en proyector frente a la antigua hornacina donde se deslustra un espejo, las últimas notas del piano. Los bajos desafinados de tanto esperar a ser tocados, los escucho; oigo la insistencia del viento en la puerta en invierno, el crepitar de las llamas; siento el calor y el frío –¡cómo no sentirlo en un espacio tan grande!–, el falso bar, el armario empotrado donde se alinean los vasos, la vitrina corredera –¿por qué tantos cuadraditos?–, el chasquido sordo de las argollas de madera cuando se corren las cortinas al este.

Es hacia allí adonde mira la casa, desde la terraza de losas de barro cocido, hacia el sol naciente. A lo largo del día, los rayos la rozan en cuanto cruzan la cresta boscosa que hay delante. Lo sé, puedo describir esa luz creciente, los rayos intrusivos que seccionan el espacio y menguan para dar paso a la penumbra, donde esperan las arañas de patas largas, donde se esconde el polvo, donde el breve destello de un grabado vidriado –un caballo, una escena de caza– ocupa

permanentemente un rincón oscuro, donde, posados en el chaflán de vigas salientes, los sombreros forrados, abollados y descoloridos, cada uno con las huellas de un viaje, se iluminan a medida que transcurre el día. En las paredes, con cierto ritmo, imágenes acumuladas, algunos libros, el reloj de péndulo parado, las carreras de los lirones al caer la tarde..., conozco también el silencio de octubre, ese recuerdo envolvente, el canto del cárabo, serena investidura –la mía–, aquí, detrás de la puerta de la que ya no tengo llaves.

El trabajo lento de contar las nervaduras de las alas de las libélulas que también hice, la disección del aparato genital de los lepidópteros, el dibujo de los diagramas florales que diferencian la mostaza de la eglantina, allí encima, en el escritorio ordenado, entre cajas con insectos y el microscopio, a lo largo de la mesa corrida cargada de estanterías donde se ordenan las obras científicas, la fábrica del mundo, el herbario, la acumulación del saber, su burla, los pinceles todavía teñidos con los colores escogidos, la paleta cargada de óleos secos, los pasteles, los carboncillos, el puñado de lápices, la flora de Bonnier, el diccionario de español, el libro de las huellas de los animales, los «suenires» de Fabre. Todo está ahí, lo sé, vibrando todavía con todas mis dudas.

No tengo otra casa, ésta es mi casa, la de las preguntas, la del sueño inquieto, la de los sueños eróticos, la de los cuerpos cansados después de horas buscando asfódelos en un valle espeso que termina en un claro, buscando las palabras exactas para las minúsculas circunstancias que adornan mi soledad, buscando cómo se ensanchó la distancia entre el universo certero de

mi infancia y éste que, incansablemente, descubro paso a paso, con la obstinación de la mirada conduciéndome al miedo o a la maravilla.

Es la casa de mi vida, sin pretextos, ha forjado mi vida, cruda y solitaria, desde las largas horas de la adolescencia, nunca lo bastante largas, sin embargo, nunca suficientes para desvelar el lado oculto de las cosas. La casa de una búsqueda intensa, la única casa del espíritu, sin comparación posible con los edificios, los hoteles, los apartamentos de paso donde, no obstante, transcurrían las estancias de nuestros viajes; la casa donde se despliega el universo, mi único refugio, la estructura de una mica, la antena de una abeja, la foto de mi madre...

los misterios

aquí, contenidos detrás de la puerta,

enredados, chispeantes,

inaccesibles en el instante,

encerrados en mí, prisionero del exterior, expulsado por la puerta

testaruda: han cambiado las cerraduras.

Un día blanco, he dicho.

De un silencio impresionante.

Silencio mío y fuera de mí. El lago refleja el cielo blanco, la casa enorme, medio posada, medio flotante, continúa en la distancia, se aleja, ya estoy lejos.

La negra sombra del gran castaño, la orilla de enfrente resguardada de la luz, la ausencia de viento, la ausencia de pájaros, la ausencia de colores, la ausencia desnuda. He llorado días y noches. El rechazo, pena imposible, cómo vivir así, el vacío separando a los seres, el inaccesible lugar de la ternura, las noches des-

pojadas de sueños, los sueños ausentes porque están muertos, el tiempo desvanecido por falta de sentido más allá del horizonte... Así es un día blanco, eterno durante meses, indefinidamente, una marcha aniquilada.

Después, todo se detiene.

Todo comienza.